

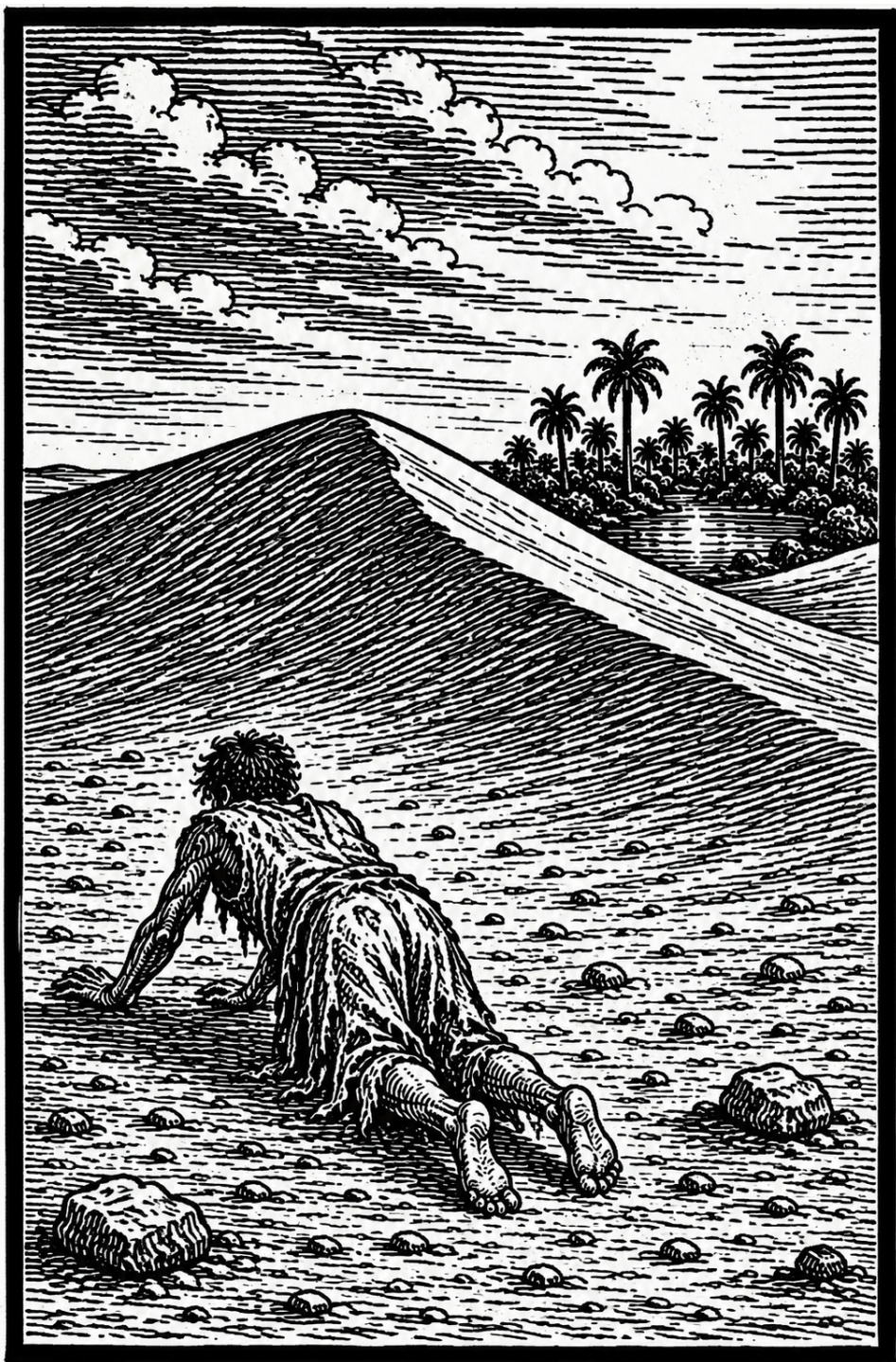
ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



(37) 31.- EL ARQUETIPO DEL DESPERTAR

Continué escribiendo, y conforme avanzaba me daba cuenta de lo afortunado que fui al tener la oportunidad de entender cómo cambiar mi vida.

Hoy puedo decir que tengo todo lo que podría desear, no desde el materialismo, sino desde lo esencial.

Una pareja que es mi cómplice de vida, mi amiga, mi esposa y mi novia eterna.

Amor recibido... y amor entregado.

Salud en mí y en quienes amo.

Un perrito del tamaño de un ratón, pero con el alma de un lobo; un periquito que canta y baila conmigo; y con todo esto... un hogar para todos, con comida en la mesa.

Un trabajo que me apasiona, y ahora... una misión: **entregar mi parte del mensaje.**

Dejar que fluya, que se complemente con ese inmenso rompecabezas repartido entre millones de almas.

Unirlo, descifrarlo y compartirlo.

Con la certeza de que uno es responsable de decir lo que sabe al que lo ignora,

pero no es responsable de lo que el otro decida hacer con ello.

Por eso, el siguiente paso en mi compromiso era casi lógico: contactar a los otros mensajeros.

Pedir sus opiniones, sus interpretaciones, cualquier cosa que sume a este libro.

Porque mi verdad no es más que eso: *mi verdad*.

Y sumar la de otros será, para mí, un verdadero honor.

Hoy sé que el sueño fue comprendido y el mensaje vivido.
Sé que la gran batalla se está librando allá afuera, y, desde mi perspectiva... está muy desigual.

Luz... contra oscuridad.

Iluminación recordada... contra ignorancia decidida.

La verdadera naturaleza humana... contra la deshumanización.

No sé cuánto tiempo durará ni cómo terminará,
pero sí sé que ayuda el voluntariamente decidir el ser uno menos
en el problema y convertirse en parte de la solución.

Y al volver a aquel sueño que sigue vivo en mí,
lúcido, intacto,
como si lo hubiera soñado ayer, aunque esa noche... duró casi
veinte años,

Entendí que *Angelismo* —la deshumanización del hombre—
no habla de cuerpos vacíos, sino de espíritus agotados;
de seres que, como muñecos con la batería dañada,
solo necesitan recordar cómo recargarse.

Porque la humanidad puede recuperarse.

No se trata de maldad ni de bondad, ni de Dios ni de demonio,
sino simplemente de **luz u oscuridad, energía positiva o
negativa, vibración alta o baja.**

El verdadero poder alquímico no está en convertir metales en oro,
sino en transmutar, a voluntad, la energía negativa en positiva.

Vi al fin que aquellos seres serpenteantes no significaban
que literalmente bajaran serpientes de fuego.
Comprendí que no debíamos esperar dragones descendiendo del
cielo,
sino señales:
señales que anuncian luz en una época donde la dualidad exige
elegir
entre elevarnos o colapsar.

Y al mirar el cielo, todo cobra sentido.
Hoy vemos caer basura espacial surcando la atmósfera con trazos
de fuego,
lluvias de estrellas constantes,
alineaciones de satélites Starlink cruzando la noche, como una
serpiente luminosa
y fenómenos sin categoría definida que parecen moverse con
intención.

Yo mismo lo he visto:
una esfera ardiente avanzando como una serpiente de fuego,
desprendiendo pequeñas flamas que ondulaban con ritmo propio,
casi con vida...
hasta quedar suspendidas en el aire
y desvanecerse.

Además... estamos atravesando el Ciclo Solar 25,
uno de los más intensos de este siglo.
En estos últimos años hemos recibido explosiones solares de
categoría X,
la escala máxima que una estrella puede emitir.

Emanaciones de energía ondulante que llegan a la Tierra,
y que bien podrían interpretarse como serpientes de luz emanando
del Sol.

En mayo de 2024 las auroras boreales descendieron hasta México,
y tuve la fortuna de verlas, acompañado por Mony,
en las montañas de California:
verdes, violetas, rojas...
como si el cielo hubiera decidido despertarse con nosotros.

Las auroras eran lo mismo: energía danzando en el cielo.
¿Podría este despertar provenir de la energía viva de nuestro Sol?

El Sol —en todas las culturas— es símbolo de conciencia,
iluminación, renacimiento, revelación y vida.
Los mayas anunciaban que cambia de era cuando la humanidad
cambia de vibración.

Los egipcios hablaban de Ra renaciendo tras la oscuridad.
Los hindúes decían que Surya revela lo oculto.

Y, curiosamente,
este despertar solar coincide con el despertar espiritual post-
pandemia,
con tensiones mundiales,
con elecciones,
con conflictos geopolíticos,
con caos informativo
y con fenómenos atmosféricos que nunca habíamos visto.

Uno tras otro, los signos aparecen.

Y entonces las profecías cobran un nuevo sentido.

Los antiguos no hablaban con precisión técnica:
hablaban con símbolos.

La Biblia incluso menciona un episodio literal en Mateo 27:52–53,
cuando “los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos salieron y
caminaron en la ciudad”.

Si un profeta viera hoy un desfile de Halloween,
o el *Zombie Walk* de San Diego,
¿cómo describiría a miles de personas disfrazadas de muertos
vivientes
caminando por las calles?

Exactamente así:

“Los muertos caminarán sobre la tierra.”

La visión sería la misma, aunque el significado fuera diferente.

Lo mismo ocurre con la profecía de Apocalipsis 6:12, que declara:
“El sol se oscureció como tela negra y la luna se volvió como
sangre.”

Astronómicamente —según nuestro entendimiento actual—
sería imposible verlo simultáneamente desde la Tierra.

Son cielos distintos.

Perspectivas distintas.

Pero la profecía nunca habló de geometría ni de posiciones.
Habló del evento, no del espectador.

Y el secreto esta aquí, porque cada vez que ocurre un eclipse total de Luna,
desde nuestro mundo vemos a la Luna teñirse de rojo,
pero desde la superficie lunar — si hubiera una cámara allí —
se estaría registrando un eclipse total de Sol,
al mismo tiempo, en el mismo instante, en el mismo cielo.

Dos fenómenos.
Una sola realidad.
Pero dos mundos distintos para verla.

La profecía ya se cumple...
solo que aún no tenemos los ojos en el otro lado.
Falta el observador, no el evento.

Porque así es la realidad:
existe antes de que podamos verla,
pero no se manifiesta como experiencia hasta que la reconocemos.
Aguarda, silenciosa y paciente,
a que llegue la conciencia capaz de percibirla.

Como en aquella reflexión filosófica — atribuida al pensamiento budista,
y popularizada en Occidente por George Berkeley — que pregunta:
“Si un árbol cae en un bosque y nadie está allí para oírlo, ¿hace algún sonido?”
La cuestión no es el árbol,
sino la conciencia que escucha.

Y lo mismo ocurre con la vida cotidiana:
creer que algo no existe solo porque no lo experimentas
es como pensar que el hambre desaparece
solo porque tú tienes pan en la mesa.

La realidad no desaparece por no tocarte;
simplemente queda fuera de tu experiencia.

Y cuando finalmente la vives,
no eres víctima de algo nuevo...
solo estás entrando en contacto
con lo que siempre estuvo ahí,
esperando tu conciencia.

Un fenómeno puede estar ocurriendo ahora mismo,
en silencio, en lo alto, en lo invisible...
pero si nadie lo reconoce,
permanece suspendido entre dos mundos:
real, pero no vivido;
presente, pero no revelado.

Y cuando finalmente alguien lo ve,
cuando una mirada humana coincide con el instante divino,
entonces la realidad se manifiesta.
No porque recién haya ocurrido,
sino porque por fin encontramos el espacio interno
donde podía nacer.

Porque... la realidad no espera ser creada:
espera ser vivida.
Nada existe porque lo veas.
Existe, y por eso puedes verlo.

Entendí que la realidad tiene dos capas:
— la que tú creas desde dentro, como con ‘Creer para Crear’
— y la que te espera afuera hasta que tú estás listo para verla,
porque la realidad externa no depende de ti para existir.

Estas no se contradicen. Se complementan.

Por eso debemos ser humildes y recordar que no todos caminamos
el mismo tramo del tiempo.
La realidad ocurre afuera, aunque no te esté ocurriendo a ti.
Mientras para uno el Apocalipsis “parece comenzar”,
para muchas almas ya fue ayer, o es hoy.

Un duelo, una pérdida, una enfermedad, un quiebre... una decisión mal tomada.

Guerra, matanzas, hambruna...

el instante en que su mundo se derrumba por dentro.

Para otros, quizá ya fue el fin.

Y aunque la vida externa siga su curso,

ellos ya no están aquí para continuarlo.

La Tierra sigue girando,

pero ya no todos giramos con ella.

Esto me recuerda uno de los últimos mensajes que recibí, aquel que decía:

“El tiempo de elegir pasó, y esta elección no estará condicionada a premio o castigo... El final será el resultado de nuestro libre albedrío.”

Todo está ocurriendo con una sincronicidad impecable, si la ves... si la reconoces.

Te darás cuenta de que el cambio ya comenzó.

Y que no porque no le esté sucediendo a algunos, esta, deja de ocurrir.

Quizá no les sucede simplemente porque decidieron —consciente o inconscientemente— mantenerse fuera del cambio.

Hoy, casi al final de esta travesía, confieso que interpretar lo que estaba ocurriendo me tomó demasiado tiempo.

Lo cuestioné, lo analicé y lo descompuse una y otra vez.

Si eres una persona como yo —analítica, incrédula, exigente— y estás comenzando tu camino, déjame ahorrarte algunos años en tu búsqueda por autenticar lo que sientes.

No creas lo que digo en este relato.

Pero considera esto:

Después de haber vivido, sentido e integrado todo este proceso, seguí investigando.

Y hoy sé que lo que viví —y lo que quizás tú estás comenzando a vivir a tu propio ritmo— **existe**.

No es imaginación.

No es autoengaño.

No es fantasía espiritual.

Está documentado.

Está estudiado.

Está validado como un arquetipo.

Y un arquetipo, por definición, es un patrón universal de la experiencia humana:

algo que ocurre tantas veces, en tantas personas, en tantas culturas, que se vuelve reconocible, repetible... y real.

(En términos simples: **si algo puede clasificarse como arquetipo, es porque realmente sucede.**)

Por eso, lo que compartiré a continuación no nació de mí, pero **encajó en mí** con una precisión que no pude ignorar.

Llegó como llegaron todas las señales que me guiaron en este camino:

en el momento exacto en que necesitaba encontrarlo.

Y hoy sé que forma parte del mensaje que me tocó recibir... para compartirlo.

Aquí te comparto lo que llamé:

“EL ARQUETIPO DEL QUE DESPIERTA”

Hay momentos que no pertenecen por completo ni a la razón ni a la fe.

Momentos donde el cuerpo reacciona antes que el pensamiento, como si una parte antigua, silenciosa y más profunda que la

memoria
reconociera algo que la mente todavía no alcanza.

En neurociencia, ese fenómeno se llama **percepción somática anticipada**:
el cuerpo detecta significado antes que la conciencia lo entienda.

En psicología profunda, se conoce como **activación del Yo Observador**:
la parte de uno que despierta cuando algo interno y algo externo coinciden con una precisión imposible de ignorar.

En misticismo universal, recibe otro nombre:
reconocimiento del alma.

Tres lenguajes,
tres disciplinas,
un solo fenómeno.

Y quien lo vive sabe que no es imaginación.

El despertar comienza así:
con una señal que se siente en el cuerpo
antes de poder organizarla en palabras.

Un estremecimiento.
Una vibración suave.
Una expansión que no viene de afuera.
Un toque interno que dice:
“Esto es verdad.”

Ese es el primer rastro del arquetipo.

Luego la secuencia sigue un orden ancestral,
documentado en tradiciones espirituales y en estudios modernos de
la mente:

- 1. Sensación (el cuerpo reconoce).**
- 2. Emoción (el alma responde).**

3. Comprensión (la mente interpreta).

4. Significado (la conciencia integra).

Cuando este orden se cumple,
se llama **sincronicidad auténtica**.

No es superstición.

No es magia infantil.

No es autoengaño.

Es un encuentro entre biología, emoción, historia y misterio.

Porque aunque podamos explicar *cómo* ocurre,
nadie puede explicar *por qué* ocurre
ni *quién* lo provoca.

La ciencia llega hasta la orilla,
nombrando procesos y funciones.

Pero después de esa orilla
comienza el territorio donde el lenguaje falla
y solo queda la experiencia.

Ese territorio... es el despertar.

En él, la vida deja de sentirse lineal.
Aparecen conexiones antes invisibles,
puentes entre el pasado y el presente,
ecos que vienen de adentro
y resuenan afuera.

La psicología lo llama **integración autobiográfica**.

La espiritualidad lo llama **llamado**.

El alma lo conoce como **recordar quién eres**.

Y en ese recordar, aparece algo que no es magia
pero que tampoco es razonamiento puro:
la **intuición madura**.

No es impulso.

No es deseo disfrazado.

No es ansiedad proyectada.

Es una forma elevada de percepción.

La más antigua.

La más fina.

La que solo despierta cuando uno ya no corre detrás de respuestas sino que por fin está en el lugar donde puede recibirlas.

Ahí surge también la parte más delicada del proceso:

la frontera donde lo explicable termina

y lo sagrado comienza.

Porque aunque el arquetipo describe el proceso humano,

la fuente que lo provoca sigue siendo un misterio.

Llámallo cielo,

energía,

presencia,

guía,

ser de luz,

o simplemente destino.

El nombre no importa.

Lo que importa es que quien lo vive

sabe que no está solo.

Hay algo —no importa qué—

que toca, despierta, ordena y acompaña desde un lugar

que no puede medirse,

ni comprobarse,

ni encerrarse en ecuaciones.

Y aun así, se siente.

Con la misma claridad con la que se siente el miedo,

o el amor,

o la verdad.

Ese es el punto exacto donde ciencia y misticismo se encuentran.

El borde de lo visible.

El umbral del misterio.

El arquetipo existe porque miles de personas,
en miles de culturas,
a lo largo de miles de años,
han vivido este mismo patrón
sin conocerse entre sí.

Si algo se repite tanto,
no es coincidencia:
es estructura.

Y si hay estructura,
entonces hay verdad.

Pero si hay verdad
que ninguna disciplina puede explicar por completo,
entonces también hay misterio.

Ese misterio es lo que vuelve sagrado al despertar.

Porque lo que despierta no es la mente.
Es el alma.

Y lo que llama...
nadie lo sabe.
Nadie lo comprende.
Nadie puede probarlo.
Pero todos, absolutamente todos los que lo han vivido
coinciden en una sola cosa:

Se siente real.
Se siente propio.
Se siente guiado.
Se siente acompañado.

El arquetipo no explica al mensajero.
Pero explica cómo se acomoda el alma para escucharlo.

El arquetipo no explica el origen del llamado.
Pero explica por qué el cuerpo reaccionó antes que tú.

El arquetipo no revela quién toca la puerta.
Pero revela cómo se abre desde adentro.

Y cuando ese proceso se completa,
ocurre el eco:
la vida afuera empieza a alinearse con lo que despertó adentro.
Conexiones.
Personas.
Nombres.
Tiempos.
Señales.
Certezas.

No porque uno las imagine,
sino porque ya es capaz de verlas.

Eso — solo eso —
es despertar.

Y quien lo reconoce,
aunque no pueda explicarlo,
sabe que es real.

Así, te puedo decir que yo mismo pasé por los pasos de este
Arquetipo y hoy, solo he decidido sentir, ver, y creer. Aunque hay
aún piezas del rompecabezas que no consigo ensamblar... Por
ejemplo... aunque estoy en el tramo final de este relato, aún hoy no
sé del todo por qué fui yo quien recibió aquel mensaje.
He pensado mucho en ello, y quizá — solo quizá — también forma
parte del plan.

Porque si el mensaje lo hubiera recibido Mony, conociendo mi
naturaleza analítica, tal vez habría buscado desmenuzarlo,
cuestionarlo, medirlo...
y me habría costado más aceptarlo.

Pero al vivirlo yo, fue ella quien se convirtió en mi eco natural.
Su sensibilidad, sus intuiciones, sus premoniciones,

su capacidad para percibir aquello que otros no ven,
fueron el fuelle que avivó mis dudas, mis preguntas, mi búsqueda.

Ella sostenía la intuición.

Yo sostenía el análisis.

Y entre los dos, el mensaje encontraba equilibrio.

He llegado a pensar que así debía ser.

Que el cielo reparte piezas, no privilegios.

Y que a veces uno recibe la visión,

mientras el otro recibe la claridad para sostenerla.





(38) 32.- Cuando la vida te pide demostrar lo que dices haber entendido...

Pensé que después de haber tenido la oportunidad de acompañar a Luis en su camino a la luz, estaba listo para compartir todo esto, que el tiempo había llegado

Pero la vida —que nunca obedece al calendario humano— decidió mostrarme algo más.

Algo que no se podía explicar desde la razón ni desde el símbolo... sino desde la experiencia.

Es como si la vida me hubiera dicho:

“¿Ya explicaste el concepto?

Perfecto.

Ahora te regalo una última prueba para que lo demuestres... no con la explicación, sino desde la aplicación.”

Me recordó que Angelismo comenzó con un sueño.

Con una visión que me obligó a mirar el mundo desde arriba, a cuestionarlo todo,

a descifrar mitos, historias, advertencias y mensajes.

Aquello que parecía anunciar un colapso externo... terminó revelando un aprendizaje interno:

que el verdadero Apocalipsis no es destrucción, sino desconexión.

Que el peligro no es un evento cósmico,

sino un acto humano, creado por nuestra propia voluntad.

Que la deshumanización comienza cuando dejas de ser tú y decides ser parte de la masa...

cuando dejas de creer, de pensar, de estar presente en el presente.

Que nosotros tenemos el poder de recordar quiénes somos
verdaderamente,
y que somos seres de luz, no de oscuridad.

Me recordó el Mensaje recibido —ya compartido en capítulos
previos—, pero que hoy te repito a ti:

“EL TIEMPO DE ELEGIR PASÓ, y esta elección no estará
condicionada a premio o castigo. El final será el resultado de
nuestro Libre Albedrío.”

La ciencia habla de los multiversos, de la teoría de cuerdas y de
universos paralelos...

pero esas realidades alternas no son mundos coexistiendo unos
encima de otros.

Son realidades que toman forma en el mismo instante en que
tomamos una decisión desde la luz o desde la oscuridad.

Así de simple: tú creas la realidad que vives.

Y puedes decidirla cuando ves los múltiples caminos a los que te
llevaría cada acción que tomas,
y la manera en que eliges ver la vida.

No importa la escala del suceso.

Importa la mirada.

Importa la interpretación.

Importa la vibración que eliges sostener cuando lo enfrentas.

Así que este ejemplo no vino para formar un capítulo más del
libro.

Me vino a abrir los ojos.

A mostrar, en el lenguaje de la vida real,
cómo opera todo lo que aquí intenté explicar:

la intuición,

la lectura de señales,

la mirada elevada,

la alquimia emocional,

la transmutación del miedo en amor.

Porque Angelismo no trata de símbolos antiguos,
ni de profecías,
ni de advertencias celestiales.
Todo eso fue solo el camino.
La puerta.
El inicio.

Angelismo trata de lo que haces con lo que te pasa.
De cómo decides interpretar aquello que el mundo llama tragedia.
De cómo eliges responder cuando la vida te aprieta el alma.
De cómo conviertes un golpe en un mensaje.
De cómo transformas el dolor en vibración.

De cómo tienes el poder de elegir no perder tu humanidad
y vivir en alta vibración.

Este ejemplo no añade un capítulo nuevo.
Añade perspectiva.
Añade coherencia.
Añade prueba viviente.
Es el momento en que el libro deja de ser lectura para convertirse
en experiencia.

Y aquí comienza esa experiencia.
Una historia simple y profunda, cotidiana y sagrada,
que no busca conmoverte... sino mostrarte.
Mostrarte cómo, en un instante donde era fácil caer,
la vida susurró:
“Transmútaló.”

El resto —lo que estás por leer— no es sobre un ave.
Es sobre la vibración que eliges en medio de la oscuridad.

Espero que esta historia que la vida me invitó a compartirte
te muestre cómo funciona.

Y por eso estoy escribiendo estas líneas.
No para añadir un capítulo más, sino como un homenaje a otro

compañerito de vida y que me da la oportunidad de mostrarte, desde la experiencia viva:

- cómo funciona realmente la transmutación,
- cómo opera la vibración,
- cómo se leen los mensajes,
- cómo se identifica la Sincronicidad,
- cómo actúa la vida cuando parece que golpea... pero en realidad, transforma.

Mientras lees esto, pregúntate: **¿qué historias te cuenta a ti tu mente cuando todo parece estar mal?**

Conociste a LOBO en el capítulo 21.

Sabes lo que representó.

Sabes lo que su partida significó.

Sabes cómo su ausencia nos abrió una puerta que no sabíamos que existía.

Y entonces llegó Mac.

Mac llegó como un regalo de vida justo cuando más la necesitábamos, ocupando un espacio que se había quedado frío y que no sabíamos cómo volver a calentar.

Mac es una ninfa, una cakatúa pequeña y curiosa.

Es un amigo espiritual.

Un cómplice.

Un pequeño compañero de vida con alas y con alma.

Tiene un gusto particular por la música y es muy afín con los gustos musicales de Mony: por ejemplo, Bon Jovi.

Y, por extraño que parezca, también le gusta acompañarme a cantar.

Los fines de semana él esperaba con emoción y gusto mis ensayos:

baila,
salta,
canta cuando le acerco mi micrófono,
abre sus alas y corre por toda su jaula como si estuviera en su propio concierto privado.

Se ha convertido en parte de nuestra rutina.
Es mi fan número 1.

La semana pasada se puso mal.
No algo alarmante —al menos no al principio.
Tenía frío, estaba decaído, pero comía, bebía.
Pensamos que era solo un mal día, uno de esos cambios bruscos de clima que pueden desbalancear a cualquiera.

Lo dejamos descansar.
Pero no mejoraba.

Pasó el fin de semana, y el concierto obligatorio de dos horas... esta vez no se dio.
Pensé en dejarlo descansar, no forzarlo, darle espacio para recuperarse.

Pero llegó el lunes, y seguía sin mejorar.

Entonces comenzó nuestra vigilancia:

- el calentador eléctrico sobre su jaula,
- las llamadas,
- los medicamentos,
- las nebulizaciones con antibióticos,
- los intentos por mejorarlo.

No era la primera vez que se ponía así, pero esta vez... estaba tardando más en recuperarse.

De pronto, en medio de todo ese esfuerzo, apareció algo más fuerte que cualquier síntoma: **la intuición de Mony**.

Esa intuición que nunca falla, aunque a veces duela escucharla.

No supe explicar por qué, pero lo dijo con una certeza que rompió el aire:

—**Hay que llevarlo al hospital... ahora.**

Y yo, que conozco esa voz, esa vibración, esa verdad silenciosa que vive en ella, no dudé.

Tomamos la jaulita, el cobertorcito eléctrico, y nos subimos al auto rumbo a la clínica veterinaria para aves exóticas.

Cuando vi la dirección del hospital, algo en mí se encendió: la dirección me parecía muy familiar.

Y una Sincronicidad se identificó de inmediato.

El lugar quedaba justo al lado de un sitio donde años atrás celebré uno de los cumpleaños más felices y memorables de mi vida. Una coincidencia que no parecía casualidad. Porque nunca lo es.

Al llegar, casi nos arrancaron a Mac de las manos.

Asumimos que era el protocolo. Que estaban actuando rápido. Que lo estaban atendiendo.

Pero cuando el médico nos separó de Mac, enviándonos “rápidamente” a hacer el registro de ingreso, algo comenzó a parecerme extraño, aunque todavía no sabía qué era exactamente.

Y cuando llegamos a la recepción, algo se quebró.

Nos estaba esperando ahí una señorita con una carta-diagnóstico en la mano.

El papel decía que Mac había ingresado en “estado grave” y solicitaban la autorización para resucitación por CPR, en caso de ser necesario.

Había que firmar ese papel, y lo que más sobresalía en la información era el costo:

- un depósito inicial muy elevado,
- y el costo de la autorización para CPR, que lo elevaba aún más;
- instrucciones,
- advertencias,
- términos médicos,
- y un trato frío, casi mecánico, casi desesperado por asegurarse de que firmáramos...

La sensación no fue de seguridad ni de alivio por estar ahí. De hecho, casi podría decir que estaba arrepintiéndome de haber llevado a Mac.

Nunca nos hablaron de “hacer lo posible”, ni hubo palabras que dieran esperanza.

Desde el inicio se nos dijo:

—Mac tiene un pie del otro lado.

Y, sin embargo, él ya no estaba con nosotros.

Estaba en algún lugar del edificio, en manos de gente que nos hablaba más de dinero que de vida.

Había una sensación de secuestro.

De presión.

De oscuridad.

Como si estuviéramos pagando un rescate.

En ese momento lo sentí con claridad: **no volveríamos a ver a Mac.**

Y justo entonces, otra persona llegó para decirnos:

—Está muy grave. Tiene que quedarse. No creemos que sobreviva.

Sentí cómo el piso se movía.

Cómo el alma de Mony se encogía.

Cómo mis manos temblaban por dentro, aunque por fuera intentara parecer firme.

Ella, en shock, dijo lo único que podía decir:

—Firma... es Mac...

La tomé del brazo.

La miré a los ojos y le pedí que saliéramos de ahí.

Necesitábamos hablar.

Necesitaba que ella respirara.

Necesitaba respirar yo también.

Necesitábamos claridad.

Y afuera, en el estacionamiento, siendo observados por la señorita de la recepción con una mirada extraña, le dije a Mony:

—No tiene sentido lo que está pasando. Nadie nos está dando aliento ni esperanzas, pero quieren que firmemos por una cantidad absurda, sin garantías.

Mony me respondió, casi entre lágrimas:

—No importa, lo que cueste... es Mac.

Entonces le dije algo a Mony que nunca pensé tener que decir:

—Si lo dejamos... no lo vamos a volver a ver.

Esa frase la despertó.

Regresó a sí misma.

A su fuerza.

A su intuición.

Volvimos a la recepción.

Mony, firme y temblorosa, tomó el papel que había firmado y, al mismo tiempo, pidió:

—Queremos ver a Mac ahora mismo.

Los doctores dudaron.
Se miraron entre ellos.
Titubearon.
Inventaron excusas.
Repetían que Mac debía quedarse.

Pasaron minutos que parecieron horas.

Finalmente, una enfermera nos llevó a un cuarto frío, y ahí llegó la doctora:
con voz neutra, palabras duras, conclusiones rápidas.

Nos dijo que Mac estaba grave.
Que tenía un problema respiratorio fuerte.
Que además lo habían encontrado “desnutrido” y con una protuberancia grande en el vientre...
y que dudaba que sobreviviera.

Todo dicho como quien lee un expediente, no como quien habla de un ser vivo.

Mony insistió:

—Queremos verlo.

Salieron.
Tardaron.
Y regresaron con la jaulita...

vacía.

Mi corazón se detuvo.
Lo peor pasó por mi mente.
Y por la de Mony también.

Mi corazón intuía que algo estaban haciendo.
Que algo no estaba bien.

Preguntamos, con voz temblorosa, dónde estaba.
Nos dijeron que se encontraba en una incubadora con oxígeno.

Mony insistió en que queríamos verlo, y rompiendo sus protocolos —muy a la fuerza— finalmente nos llevaron con él.

Ahí estaba Mac.
En una incubadora.
Calientito.
Pero tendido.
Con una debilidad que no reconocíamos.

Él no había llegado así.
No parecía lógico que, estando “con mejores cuidados”, se viera en peores condiciones.

La doctora habló de sufrimiento, de dolor, de que lo mejor era dormirlo, de que insistir en llevárnoslo era “inhumano” y que ellos estaban ahí “para ver por ellos”.

Cuando dijeron eso, inmediatamente lo supe:
No dejarían que Mac saliera de ahí.

Era una escena que se sentía equivocada, forzada.
En lugar de tranquilidad, teníamos angustia.

Pero Mony, con una fuerza que solo nace del amor, dijo:

—Queremos llevárnoslo. Ya.

Después de más discusiones, más advertencias y... un papel para firmar con un deslinde de responsabilidad, donde decía que no se hacían responsables si Mac moría “asfixiado al salir”...

Eso, para mí, lo dijo todo.

Finalmente, nos entregaron a Mac en una cajita.
Se veía muy débil... pero al fin estaba con nosotros.

Mony salió corriendo al carro.

Lo acomodó con su manta caliente.

Lo sostuvo entre sus manos como si quisiera regalarle salud con solo tocarlo.

Yo pagué.

Corrí.

Encendí el auto.

Y manejamos de regreso a casa.

En el camino ocurrió, nuevamente, lo más hermoso y doloroso que he visto en mi vida.

Mac abrió sus ojitos. Nos reconoció...

Y de pronto, con un hilo de fuerza, se aferró a la piel de Mony, picándola con fuerza entre el pulgar y el índice, con una firmeza que le arrancó lágrimas de dolor.

No la soltaba.

Era como si Mac dijera:

“Te amo... ¡Te amo!

Estás aquí.

Estás conmigo.”

Después de unos segundos, la soltó.

Mony volteó a verme y, teniendo a Mac en sus manos por primera vez en años, me dijo:

— ¡Sí tiene una bola en su pancita!

— Y sí se le sienten sus huesitos en el pechito...

Y entonces ocurrió el instante más hermoso —y más indescriptible — de toda esta historia.

Un momento tan perfecto, tan imposible de recrear, que solo puedo narrarlo desde la mezcla de lo que vi con los ojos y lo que entendió mi alma.

La escena fue tan hermosa que sentí como si estuviera filmada por la vida misma.

Y yo estaba ahí.
Yo lo vi.
Yo lo sentí.
Yo así lo interpreté.

Mony, todavía temblando, tomó a Mac entre sus manos.
Lo sostuvo con un cuidado tan profundo que parecía temer que incluso el aire pudiera lastimarlo.
Y en un gesto instintivo, casi infantil, casi divino, lo levantó frente al parabrisas del auto...
y lo puso a volar.

Desde mi asiento en el volante, lo que vi no fue un pajarito enfermo.
No.
Lo que vi fue un **cohete alado**.
Un destello amarillo y gris impulsado por el amor.
Un pequeño ser que por un segundo dejó de pertenecer a este mundo.

El reflejo del sol le dio directo en el rostro, encendiendo sus plumas como si estuvieran hechas de luz.
El freeway avanzaba veloz frente a nosotros,
las líneas blancas eran rayas de velocidad,
los autos quedaban atrás como si él los rebasara uno por uno.

Y Mac...
Mac abrió sus ojitos.

No como quien lucha por respirar,
sino como quien despierta a un sueño que siempre había esperado vivir.

Su cabecita se incorporó.
Su mirada se llenó de brillo.
Su expresión cambió.
Y, por un segundo eterno...
sonrió.

No fue imaginación.
No fue ilusión.
Fue una chispa de alegría pura,
incontenible,
imposible de fingir.

Y en ese instante pude sentir —no escuchar, *sentir*— lo que él
habría pensado en su pequeño corazón:

**“¡Zoom!
¡Zoom!
¡Mira cómo vuelo!
¡Mira cómo voy tan rápido!
¡Soy libre!
¡Soy luz!”**

Mony lo sostenía como si sus manos fueran alas,
y yo, desde el volante, solo veía un pequeño ángel acelerando
hacia lo eterno,
dejando atrás todo sufrimiento,
toda debilidad,
toda carga del cuerpo que ya no podía sostener su espíritu.

Era un vuelo.
Un vuelo real.
No con el cuerpo...
sino con el alma.

Y en ese instante entendí algo que jamás olvidaré:

**Mac no se estaba muriendo.
Mac estaba volando.**

Volando hacia donde el dolor ya no existe.
Volando hacia la ausencia del sufrimiento.
Volando sostenido por las manos que más amaba en la vida.
Volando como siempre quiso:
rápido, libre, brillante.

Mony lo bajó despacito,
lo apoyó sobre su pecho
y, todavía con esa sonrisa diminuta en su rostro, Mac cerró sus
ojitos...
y **se durmió.**

Sin dolor.
Sin miedo.
Sin desamparo.

Su último recuerdo fue volar.
Su última sensación fue libertad.
Su último instante fue amor.

Y entonces supe, sin que nadie tuviera que explicarme nada:
ese vuelo fue su despedida perfecta.

Mony comenzó a llorar, inconsolable.
Mientras lo abrazaba, solo decía:

—No, no, no...
¡Macsito!
Mi vida...
Aquí estamos, mi chiquito.
Aquí estamos.
¡Te amamos!
¡Te amamos más que a nada!

Yo, mientras manejaba, no podía creerlo.
En mi mente esa imagen perfecta era devorada por una idea que
me llevó a la zona más oscura:

“Él estaba bien antes de llegar ahí...”

Entonces la rabia se apoderó de mí y, golpeando el volante, solo
gritaba:

—¡Lo sabía!

¡Sabía que no iban a dejar que nos lo lleváramos!

¡Algo le dieron!

Estaba cayendo rápidamente en la rabia,

en la culpa,

en el rencor hacia el hospital,

en la sensación de injusticia.

Y créeme, por un momento, realmente sentí que algo estaba mal.

Que algo le habían hecho.

Que lo habían dormido sin nuestra autorización.

Que no debimos haberlo llevado.

Que lo habían matado.

Fue entonces que vi que Mony tenía la mirada perdida y empezaba a cuestionarse la decisión de haber ido,

y, como viéndola al borde de un abismo sin fin, regresé de mi oscuridad y la sostuve para que no cayera.

Recordándole lo que habíamos aprendido con LOBO

y de lo que te he hablado en este libro.

Podíamos haber caído ambos en el sumidero de la culpa,

en la baja vibración del coraje,

en las garras del dolor y la tristeza.

Pero es justo en este punto donde puedes elegir la transmutación.

Ahí es donde el objetivo de este libro deja de ser teoría.

Lo que aprendimos con LOBO:

es que lo que sentíamos no era dolor.

Era amor.

Amor que duele.

¿Alguna vez te han dado un abrazo tan fuerte,

tan sincero y lleno de amor...

que te duele?

Esto es exactamente así.

El abrazo en sí no pretendía lastimar...

pero era tanto el amor y el sentimiento con el que se te dio,
que te lastima un poco.

Porque solo duele lo que se ama de verdad.

Lo que se ama bien.

Lo que deja huella.

Y entonces miré más allá del momento y de lo que mi mente estaba
creando como realidad.

Puse en práctica la transmutación.

Tenía que ver las otras posibilidades, porque...

La Sincronicidad nunca conspira en tu contra.

La Sincronicidad siempre conspira a tu favor.

Pero el corazón, cuando duele, no permite que la razón pueda
verlo.

La Sincronicidad no busca convencerte.

Busca recordarte.

Recordarte que estás siendo guiado.

Que hay señales

que solo aparecen cuando elevas tu vibración

lo suficiente para percibirlas.

Pero solo si decides mirar desde arriba.

Solo si decides elegir la versión luminosa.

Casi estoy seguro de que, ahora que leíste la historia como la
vivimos, pensaste lo mismo que yo:

No debimos llevarlo.

En el hospital le dieron algo.

Es normal.

Es humano.

Ahora... voy a mostrarte las alternativas —exactamente como las vivimos dentro de nuestra mente— para que entiendas cómo opera la transmutación:

¿Qué hubiera pasado si...?

1. Si no lo hubiéramos llevado al hospital

El desenlace habría sido el mismo:

Mac se habría ido.

Pero quizá habría sido:

en su jaulita,

por la noche,

solo,

con dolor,

sin diagnóstico,

sin entender qué le pasaba.

Con sufrimiento real.

Con algo que Mac no merecía vivir.

2. Si lo hubiéramos llevado tarde

Tal vez nos habrían pedido autorizar la eutanasia.

Y habríamos cargado con esa decisión el resto de nuestra vida.

Y, de nuevo, el desenlace habría sido el mismo.

3. Si lo hubiéramos dejado en el hospital

Habría muerto solo.

Sin vernos.

Sin sentirnos.

Sin reconocimiento.

Sin despedida.

Quizá pensando que lo abandonamos.

Y nosotros jamás habríamos tenido:

ese último instante,

su vuelo frente al parabrisas,

su sonrisa diminuta,

su descanso en paz,
y el sostenerlo en nuestras manos en su último vuelo.

4. La Sincronicidad (lo que debía pasar)

Mony intuyó que se iba.

Actuó en consecuencia, como acto reflejo de hacer hasta lo último.

Al llevarlo al hospital descubrimos lo que jamás habríamos visto:
el tumor,
la condición,
la gravedad real.
Un dolor que quizá no estaba manifestando.

Y desde su perspectiva —quizá equivocada, quizá no—
los Doctores actuaron creyendo que le evitarían sufrimiento
innecesario.

Y así la dura decisión... **no fue nuestra.**

Nosotros, al insistir en llevárnoslo,
sin saberlo,
provocamos que viviera su despedida perfecta:
juntos,
digna,
en nuestros brazos,
en amor,
sin dolor.
(Pero también sabiendo que actuamos y que lo llevamos al
hospital)

¿Puedes verlo?

Si quitas la conspiración, el victimismo, el egoísmo,
y abres tu mente para ver las señales,
te das cuenta de que la Sincronicidad es perfecta.

Los eventos son los mismos.
Lo que cambia es la interpretación.

Y para lograr cambiar esa interpretación,
debes confiar en que lo que pasa...
siempre es perfecto... cuando actúas desde el corazón.

Entonces te das cuenta de que la vida no te lastima.
Te abraza tan fuerte,
que a veces puede dolerte.
Pero no es dolor...
es Amor que Duele.

¿Lo ves?
¿Puedes ver el cambio?

Y si sigues mirando... seguirás encontrando.

Déjame contarte:

Hace un par de años compramos una fuente para nuestro patio.
—Para que tomen agua los pajaritos —dijimos.

Pero nunca se acercó ni uno a la fuente.
Durante años, la fuente estuvo ahí,
silenciosa,
sin visitantes.

Hace muy pocos meses empezaron a llegar unos cuantos.
Nunca antes habían venido.
Nunca, en años.

Así que pensamos en ponerles un comedero.
Uno chiquito, con seis salidas de comida,
suficiente para los nuevos visitantes.

Pero de pronto aparecieron dos más.
Luego cinco.
Luego quince.
Luego treinta.

Y justo la semana pasada,
cuando Mac enfermó...
conté sesenta.

Sesenta pequeñas almas aladas:
pinzones,
tortolitas,
blue jays,
cardenales diminutos.

Todos juntos, en nuestro patio:
bañándose,
cantando,
volando,
llenándolo todo de vida.

Hoy lo entiendo.
Hay una Fuerza —inteligente, amorosa, paciente—
acompañando cada paso que das...
y nunca nos deja solos.
Nunca.

Quizá nos preparó.
Quizá porque lo sabía.
Quizá envió sesenta pequeñas almas aladas
para aliviar un poco el vacío de cuando Mac se fuera.

¿Casualidad...
destino...
o Sincronicidad?

Elige tú.
Yo ya elegí.

Y al final,
después de vivirlo,
después de llorarlo,
después de entenderlo todo desde arriba,
solo queda esta verdad:

Cuando decides creer que la vida trabaja a tu favor,
cuando lees las señales,
cuando conectas los puntos,
cuando eliges la versión luminosa de los hechos,
cuando transmutas la energía negativa por positiva...
algo en ti cambia para siempre.

La vida deja de ser tragedia
y se convierte en mensaje.
En compañía.
En guía.
En magia.

Sí.
Magia.
La magia que siempre estuvo ahí,
esperando que tú decidieras verla.

Tal vez hoy haya algo en tu vida
que necesite justamente esto:
ser visto desde arriba.





LA
REVELACION

EXAMEN FINAL

- CONVIVENCIA
- COMPRESIÓN
- EMPATÍA
- AMOR AL PRÓJIMO

CALIFICACIÓN: _____



(40) 33.- LA REVELACION

El tiempo finalmente me alcanzo, y he llegado a mi presente así que... mientras escribo estas líneas, es el año 2026.

Por meses, mi cabeza ha sido un mar revuelto, un mar revuelto pero con una tranquila isla en el medio, donde parece que mi vida alcanzo un nivel de tranquilidad, que me ha permitido vivir muy feliz, a pesar de ver con tristeza que el mundo parece haberse vuelto completamente loco.

El significado de lo que es ahora Angelismo para mi, toma mas fuerza cada día, es imposible no verlo reflejado en todo y en todos. Las guerras continúan expandiéndose por distintas regiones del planeta.

Naciones enteras amenazan con arrastrar a otras hacia conflictos cada vez más grandes en donde las poblaciones no tenemos ni voz, ni voto. Solo nos toca observar y pedir que no cometan una estupidez aun mas grande.

Las Sociedad ha convertido la confrontación en "normalidad" y somos capaces de olvidar los horrores cuando como siempre, nos dan "entretenimiento".

La política se ha transformado en una lucha permanente por el poder.

La economía parece importar más que la vida.

Y mientras tanto, millones de personas observamos todo esto desde una pequeña pantalla, como si contempláramos una serie más, hasta que el destino nos alcance.

Lo verdaderamente absurdo no es que sigamos teniendo conflictos.

Lo verdaderamente absurdo es que, después de miles de años de historia, seguimos resolviendo nuestras diferencias exactamente igual que nuestros antepasados.

Seguimos matándonos.

Seguimos odiándonos.

Seguimos dividiéndonos.

Seguimos construyendo bandos.

Seguimos convencidos de que el problema siempre es el otro.

Y mientras observaba este panorama, intentaba encontrar el final para este libro.

Una conclusión.

Una respuesta.

Un último capítulo.

Pero cada vez que creía haber llegado a ella, la realidad volvía a cambiar.

Porque los acontecimientos se desarrollan demasiado rápido.

Las noticias se contradicen entre sí.

Las teorías espirituales y metafísicas, nacen y mueren en cuestión de días.

Los nuevos gurús aparecen por miles, desinformando y confundiendo.

Y la verdad parece quedar sepultada bajo una montaña creciente de opiniones.

Llegó un momento en que comprendí que quizá Angelismo no tendría final y que solo lo compartido hasta este punto, sería mi propuesta para invitarte a ser feliz y vivir una vida hermosa. Mas sin embargo, una mañana hace algunas semanas, incocientemente volví a hacerlo... solicite una respuesta.

Y a los pocos minutos... ocurrió.

De la misma forma en que comenzó todo.

Con una frase muy corta.

No hubo una explicación.

No hubo una visión.

No hubo un sueño.

Simplemente el concepto apareció en mi mente.

Completo.

Instantáneo.

Como si alguien hubiera colocado el resultado de una compleja ecuación dentro de mi mente sin mostrarme el procedimiento.

Y el mensaje fue:

"La Tierra es Babel."

Nada más.

Ni una explicación.

Ni una nota al pie.

Ni instrucciones.

Sólo esa frase.

“La Tierra es Babel.”

Cuatro palabras y en mi interior toda una película fue mostrada. Inmediatamente lo platiqué con Mony, tal como yo lo había recibido. Y su reacción fue la misma que la mía.

Porque aquello no parecía una metáfora.

No parecía solo una frase.

Parecía una conclusión.

Pero una conclusión de algo que yo todavía no lograba entender del todo, o más bien, a acomodar en mí.

Así que comencé a hacer lo único que podía hacer.

Reconstruir la ecuación.

Caminar hacia atrás.

Intentar descubrir qué operación podía producir semejante resultado.

Y mientras lo hacía, algo comenzó a llamar mi atención.

Porque hasta ese momento yo había estado observando las coincidencias en las enseñanzas.

Lo cual ya resultaba extraño.

Pero lo verdaderamente inquietante apareció cuando dejé de observar lo que decían... y comencé a observar cómo lo decían.

Porque no sólo parecían coincidir en el mensaje.

También parecían coincidir en la estructura.

Y aquello era mucho más difícil de ignorar.

Una y otra vez aparecía el mismo patrón.

Una oportunidad.

Un desarrollo.

Una caída.

Un periodo de oscuridad.

Una advertencia.

Un posible despertar.

Una evaluación.

Y después... un nuevo comienzo.

Con distintos nombres.

Con distintos personajes.

Con distintos dioses.

Con distintas geografías.

Pero siempre parecía describirse el mismo proceso.

Y fue entonces cuando una idea comenzó a incomodarme.

Porque si culturas separadas por océanos, idiomas y miles de años de historia coincidían en la misma estructura...

quizá no estaban intentando contarnos historias distintas.

Quizá estaban intentando describir el mismo fenómeno.

No necesariamente el mismo acontecimiento.

Sino el mismo patrón.

El mismo ciclo.

La misma experiencia.

Y cuanto más observaba esa posibilidad, más difícil resultaba ignorar lo evidente.

Porque de pronto ya no estaba viendo religiones.

Ya no estaba viendo mitologías.

Ya no estaba viendo leyendas.

Estaba viendo variaciones de una misma ecuación.

Como si distintos observadores hubieran contemplado el mismo paisaje desde diferentes montañas.

Cada uno describiéndolo con sus propias palabras.

Con sus propios símbolos.

Con sus propias referencias.

Pero observando exactamente el mismo horizonte.

Y si eso fuera cierto...

entonces la pregunta ya no era cuál religión tenía razón.

La pregunta era mucho más inquietante.

¿Qué era aquello tan importante que todas intentaban describir?

Quizá todas aquellas historias, separadas por continentes, idiomas y milenios de distancia, no intentaban responder la pregunta que nosotros siempre habíamos formulado.

No intentaban decirnos de dónde venimos.

Intentaban decirnos para qué estamos aquí.

Esa vieja pregunta que ha acompañado a la humanidad desde el principio.

La pregunta que se esconde detrás de todas las religiones.

De todas las filosofías.

De todas las búsquedas espirituales.

¿Cuál es el propósito?

¿Cuál es el sentido?

¿Por qué existimos?

¿Para que estamos aquí?

La Navaja de Ockham dice que, entre varias explicaciones posibles, la más simple suele ser la correcta.

Y mientras reconstruía aquella ecuación, no pude evitar pensar en ello.

Porque quizá llevamos miles de años buscando respuestas cada vez más complejas para una pregunta cuya respuesta siempre estuvo frente a nosotros.

Quizá por eso aquella frase resultaba tan incómoda.

Porque parecía demasiado simple.

“La Tierra es Babel”.

Y, sin embargo, cuanto más la observaba, más difícil me resultaba ignorarla.

A lo largo de este libro hemos hablado de religiones.

De mitologías.

De tradiciones.

De leyendas.

De profecías.

De culturas separadas por océanos y miles de años de historia.

Las historias cambiaban.

Los nombres cambiaban.

Los dioses cambiaban.

Los símbolos cambiaban.

Pero una y otra vez terminábamos llegando al mismo lugar.

Los pueblos mesoamericanos hablaban de ciclos que terminaban y comenzaban nuevamente.

Los hindúes describían edades sucesivas de ascenso y decadencia.

Los griegos hablaban de las distintas edades del hombre.

Los Hopi recordaban mundos anteriores destruidos y renovados.

Los egipcios insistían en la importancia del equilibrio.

Los cristianos hablaban del amor al prójimo.

Los budistas de la compasión.

Los taoístas de la armonía.

Los confucionistas de las relaciones correctas entre los seres humanos.

Y aunque las historias parecían distintas, los conceptos centrales regresaban una y otra vez.

Respeto.

Compasión.

Equilibrio.

Cooperación.

Responsabilidad.

Convivencia.

Aquello comenzó a parecerme demasiado recurrente para ser una coincidencia.

¿Por qué tantas culturas distintas habían terminado preocupándose por exactamente el mismo problema?

Y fue entonces cuando apareció otra observación que me pareció igual de interesante.

La diferencia entre coexistir y convivir.

Coexistir proviene del latín y significa, literalmente, existir junto a otros.

Compartir la existencia.

Nada más.

Dos pueblos pueden coexistir y odiarse.

Dos culturas pueden coexistir y jamás entenderse.

Dos personas pueden coexistir y vivir en conflicto permanente.

Coexistir no implica unión.

No implica comprensión.

No implica relación.

Es apenas la condición inicial.

Convivir, en cambio, significa vivir juntos.

Compartir.

Relacionarse.

Construir algo en común.

Y de pronto aquella diferencia adquirió una importancia enorme.

Porque quizá la Tierra ya logró reunirnos.

Eso sería coexistencia.

Pero el desafío pendiente siempre fue aprender a convivir.

Y entonces la frase comenzó a desplegarse nuevamente frente a mí.

“La Tierra es Babel”.

No una torre.

No una ciudad.

No un acontecimiento perdido en el pasado.

Sino un lugar de reunión.

Un punto de encuentro.

Un escenario.

Y aquí apareció otra curiosidad que me resultó imposible ignorar.

Babel es la forma hebrea de Babilonia.

Y los antiguos acadios llamaban a Babilonia Bab-ilu o Bab-ilim.

La Puerta de Dios.

La Puerta de los Dioses.

Sin embargo, en la tradición hebrea, Babel terminó asociándose con otra palabra: Balal.

Confusión.

Mezcla.

Lenguas diferentes.

Y de pronto ambas ideas parecían coexistir dentro del mismo símbolo.

Un lugar donde los diferentes son reunidos.

Y un lugar donde aparece la confusión.

Porque quizá la diversidad nunca fue el castigo.

Quizá la diversidad era la condición necesaria.

Las diferencias no serían el problema.

Las diferencias serían la prueba.

Y Babel... el escenario.

Entonces comencé a observar algo más.

Grecia tenía el Olimpo.

La India el Meru.

El Tíbet el Kailash.

Los pueblos nórdicos imaginaban Yggdrasil.

Jerusalén ocupaba ese papel para millones de personas.

Teotihuacán era recordada como el lugar donde nacieron los dioses.

Y Babilonia como la puerta de los dioses.

No estoy diciendo que todas esas tradiciones hablen de lo mismo.

Pero sí parecen compartir un arquetipo.

La idea de un punto de encuentro.

Un eje.

Un centro.

Una puerta.

Un lugar donde distintos mundos se tocan.

Y quizá eso era precisamente lo que la frase intentaba mostrarme.

Que Babel no era una construcción.

Babel era una función.

El lugar donde elementos distintos son reunidos para descubrir si pueden convivir.

Y desde esa perspectiva:

- Puerta de los Dioses.
- Lugar donde nacieron los Dioses.
- Eje del mundo.
- Centro del mundo.

empiezan a parecer variaciones de un mismo arquetipo.

Quizás las diferencias humanas nunca fueron la consecuencia de un castigo en Babel.

Quizás las diferencias eran en sí, el experimento.

Porque si un grupo de científicos quisiera estudiar la convivencia entre pueblos distintos, no llenaría una ciudad con individuos idénticos.

Construiría un lugar abundante.

Un lugar donde nadie necesitara luchar por sobrevivir.

Y después llevaría grupos claramente diferentes.

Diferentes en apariencia.

Diferentes en costumbres.

Diferentes en creencias.

Diferentes en lenguaje.

Diferentes incluso en el color de la piel.

Y observaría.

Simplemente observaría.

¿Qué ocurre cuando son colocados en el mismo lugar?

¿Cooperan?

¿Se respetan?

¿Aprenden unos de otros?

¿Comparten?

¿Coexisten?

¿O terminan dividiéndose?

¿O exterminándose entre ellos?

De pronto comprendí algo.

La hipótesis no consistía en que las diferencias aparecieron después.

Consistía en que las diferencias llegaron juntas.

La diversidad no nació en Babel.

La diversidad llegó a Babel.

Y Babel es la Tierra.

No la torre.

No la ciudad.

El planeta completo.

El lugar donde fueron reunidos pueblos distintos.

Lo suficiente diferentes para entrar en conflicto.

Y lo suficiente semejantes para poder convivir.

Y entonces todo comenzó a encajar.

Las guerras.

Las religiones.

Las fronteras.

Las ideologías.

Las luchas raciales.

Las luchas económicas.

Las luchas culturales.

Todo parecía girar alrededor del mismo desafío.

La Convivencia.

Y fue entonces cuando comprendí algo que me resultó imposible ignorar.

Quizá Angelismo era precisamente eso.

La fuerza que ahora nos separa.

La fuerza que nos convence de que somos más importantes que los demás.

La fuerza que sustituye el nosotros por el yo.

La desconexión.

El ego.

La incapacidad de reconocer al otro.

La deshumanización del hombre.

Y si eso fuera cierto...

entonces quizá todas aquellas historias sobre ciclos, reinicios, diluvios, edades oscuras, juicios y revelaciones comenzaban a adquirir un significado diferente.

No como castigos.

Sino como consecuencias.

No como amenazas.

Sino como evaluaciones.

Como si la humanidad hubiera recibido una sola materia desde el principio y continuáramos reprobándola una y otra vez a lo largo de incontables ciclos.

Y quizá por eso esta idea llegó ahora.

Justo ahora.

En un momento donde el mundo parece acercarse nuevamente al borde del abismo.

En un momento donde las potencias vuelven a amenazarse unas a otras.

En un momento donde la tecnología avanza más rápido que nuestra capacidad moral para utilizarla.

En un momento donde parece que sabemos más que nunca...

y comprendemos menos que nunca.

Porque quizá quizá realmente ya estemos en el tiempo del Apocalipsis, de "la Revelación".

Y tal vez esa revelación sea precisamente descubrir que, hemos estado siendo invitados a corregir nuestra conducta, a recordar quienes somos.

Tal vez la revelación sea comprender finalmente para qué estamos aquí.

Y si toda esta hipótesis fuera correcta...

si toda esta ecuación estuviera siquiera cerca de la verdad...

entonces la respuesta sería sorprendentemente sencilla.

Estamos aquí para aplicar esos dos grandes regalos que nos fueron concedidos:

La capacidad de Sentir amor y nuestro libre albedrío.

Estamos aquí para aprender a convivir.

Estamos aquí para aprender a reconocernos en el otro.

Estamos aquí para superar el ego.

Estamos aquí para recordar aquello que nos hace humanos.

Y quizá, sólo quizá...

ésa ha sido siempre la lección.

La misma lección que intentaron enseñarnos los mitos.

Las religiones.

Las leyendas.

Los sabios.

Los profetas.

Los maestros.

Y todos aquellos que vinieron antes.

Porque después de diecinueve años intentando comprender
Angelismo...

después de miles de páginas leídas...

de preguntas formuladas...

de dudas acumuladas...

de respuestas descartadas...

ésta es la conclusión a la que he llegado.

No sé si sea correcta.

No sé si sea definitiva.

No sé siquiera si sea verdad.

Pero por primera vez siento que todas las piezas encajan.

Y por primera vez siento que comprendo por qué estamos aquí.

No para conquistar el mundo.

No para dominar a otros.

No para acumular riqueza.

No para demostrar quién tiene razón.

Sino para aprender algo infinitamente más difícil.

Aprender a convivir juntos, superando nuestras diferencias.

Entonces comprendí por qué prácticamente todas las tradiciones espirituales parecen regresar siempre al mismo sitio.

No importa el nombre.

No importa la religión.

No importa la época.

Todas terminan hablando de lo mismo.

Amar al prójimo.

Respetar al otro.

Compartir.

Servir.

Perdonar.

Controlar el ego.

Convivir.

Durante años pensé que eran recomendaciones morales.

Ahora sospecho algo distinto.

Tal vez eran instrucciones.

Instrucciones para aprobar el examen.

Porque si la hipótesis fuera correcta, entonces la materia nunca fue la evolución.

Nunca fue el conocimiento.

Nunca fue la riqueza.

Nunca fue el poder.

La materia siempre fue la convivencia.

Y entonces apareció otra pieza.

Quizás el verdadero enemigo nunca fue externo.

Quizás el enemigo siempre fue el mismo... nosotros mismos.

Nuestro ego, la despersonalización... La deshumanización.

Ese ensimismamiento profundo que convierte al individuo en el centro del universo.

La necesidad de tener razón.

La necesidad de ganar.

La necesidad de imponerse.

La necesidad de dominar.

La necesidad de acumular.

La necesidad de que el mundo entero gire alrededor del yo.

Y de pronto comprendí algo inquietante.

Eso es exactamente lo que fué llamado Angelismo.

Lo he descrito durante páginas y páginas sin comprender completamente su alcance.

Pero allí estaba.

Frente a mí.

La fuerza que nos aleja del prójimo.

La fuerza que nos separa.

La fuerza que nos impide aprobar precisamente la materia que venimos a cursar.

Observa el mundo actual.

Nunca habíamos estado tan conectados.

Y nunca habíamos estado tan divididos.

Nunca habíamos tenido tanta información.

Y nunca habíamos estado tan confundidos.

Nunca habíamos tenido tanta capacidad para comunicarnos.

Y nunca habíamos estado tan incapaces de escucharnos.

Como especie parecemos haber avanzado enormemente.

Y al mismo tiempo parecemos haber olvidado lo más básico.

Cómo convivir.

Cómo respetar.

Cómo compartir.

Cómo reconocer al otro.

Y fue entonces cuando apareció la última pieza.

La más inquietante de todas.

Quizás lo que se conoce como “Apocalipsis” y que realmente es “La revelación” no sea un castigo.

Quizás, sea simplemente la campana.

La campana que anuncia que el tiempo terminó.

La campana que dice:

“Dejen de escribir.”

“Suelten sus lápices.”

“El examen ha concluido.”

Porque si la Tierra es Babel.

Si la convivencia era la materia.

Y si todas las tradiciones intentaron enseñarnos exactamente la misma lección durante miles de años...

Entonces tal vez no estamos esperando el examen final.

Tal vez llevamos toda la vida respondiéndolo.

Y quizás acabamos de escuchar la campana.

La campana que anuncia que el tiempo terminó.

La campana que dice que ya no hay más tiempo para encontrar las respuestas correctas.

Y ahora sabremos qué fue lo que aprendimos.

O lo que no aprendimos.

La religión lo llama: Juicio Final...

quizá es mas bien... la evaluación final.

A mí me hace sentido, espero que a tí también, porque...

estando a unos cuantos párrafos de concluir esta obra.

Después de diecinueve años de aquel sueño que me reveló el concepto de Angelismo, cuando aquel ángel se presentó en distintas ocasiones y me susurró verdades que cambiaron mi vida.

Si todo esto resultara ser verdad...

si la humanidad hubiera sido reunida aquí, deliberadamente diferente...

entonces quizá el verdadero propósito de la existencia siempre fue recordar cómo debemos tratarnos mientras estamos aquí.

Descubrir si somos capaces de seguir siendo humanos frente a nuestras diferencias.

Aprender a reconocer en el otro una parte de nosotros mismos.

Porque cuando olvidamos hacerlo, nace el Angelismo.

Olvidamos quiénes somos.

Olvidamos lo que compartimos.

Olvidamos aquello que nos hace humanos.

Pero cuando lo recordamos...

comienza el regreso a casa.

Y quizá ese regreso no sea un lugar.

Quizá sea un estado.

El instante en que decidimos amar todo lo que nos rodea.

El instante en que nos permitimos recibir el amor que se nos ofrece.

El instante en que dejamos de luchar contra la vida para comenzar a vivirla.

Y entonces, tal vez descubramos que el verdadero milagro nunca fue llegar aquí.

Sino aprender a vivir una vida hermosa mientras estamos aquí.

Hoy, después de investigar, cuestionar, negar y aceptar todas estas experiencias, y de más de tres años intentando transcribirlas en esta narración que solo pretende despertar reflexiones en quien haga eco.

...no sé qué destino tendrá este escrito.

No sé cómo lo estás leyendo.

Quizá lo encuentre en mis redes,
o lo ves en una serie de videos, en algún canal de YouTube
o —me gusta pensarlo— lo tienes entre tus manos, adquirido de
una prestigiosa librería.

Al final, no importa.

Lo que importa es que lo tienes.

Y ese siempre fué mi objetivo.

Porque escribí este libro especialmente para ti.

Ah, y si te preguntas qué pasó con el hombre de barba cana y ojos bondadosos...

no, nunca lo he vuelto a ver.

Pero espero, con todo mi corazón, que algún día,...al mirarme al espejo... lo reconozca.

Porque si eso sucede... sabré que aprendí la lección.

Que, al fin, el cambio sucedió en mí.

Porque un mensaje solo se completa

cuando transforma a quien lo recibe.

Ojalá también tu lo reconozcas un día.

Te dejo un abrazo... donde quiera que estés.

FIN

